

CAPITULO X.

LA BOCINA DE SANCHO IV.

I.

El rey partió al día siguiente para el cerco de Alcaudete como si le hubiera rechazado de sí Martos, á pesar de que creia haber hecho justicia, y escribió al infante don Juan enviándole su seguro y diciéndole le esperaba en su real sobre Alcaudete.

Pero en vez de ir á buscar al rey, levantó su campo de Kalat-Raab y se volvió para Castilla, diciendo á todo el que queria oírle: que se iba temeroso de que si se hubiera acercado al rey, hubiera hecho con él lo que tan airadamente y tan sin razon habia hecho con los Carvajales.

El infante don Juan empezaba á esplotar la situacion en que habia colocado tan pérfidamente al rey.

No pudo el rey permanecer mucho tiempo en el cerco de Alcaudete.

A los quince días de la muerte de los Carvajales, como no

se hubiese contenido en sus excesos de comer y de beber, acometióle una fiebre tan fuerte que se vió obligado á trasladarse á Jaen, adonde le acompañó don Diego Lopez.

El infante don Pedro se habia quedado sobre Alcaudete: y tanto apretó á los cercados, y con tal pericia militar, que al fin se rindió la villa, entregándose el lunes 5 de setiembre.

El martes, el infante don Pedro salió de Alcaudete y llegó á Jaen, donde el rey estaba, al otro dia.

El rey, al otro dia jueves, le propuso fuese con los maestros, ricos hombres y caballeros que allí habia á entrar y correr la tierra del Arrayaz de Málaga, con los moros del rey de Granada, con quien se habia avenido ya don Fernando por resultado de la toma de Alcaudete.

El rey comió aquel dia muy de mañana, á pesar de la fiebre que le aquejaba, y comió con exceso.

Despues, sobre comida, acordó con su hermano el infante don Pedro y con los prelados, ricos hombres y caballeros, marchasen al dia siguiente sobre Málaga; y despues, y como se sintiese pesado y con sueño, se acostó.

II.

Como una hora despues se sintió un ruido extraño en la cámara del rey.

Acudieron los servidores inmediatos y le encontraron muerto.

¿Qué habia acontecido allí? Dios lo sabe.

El rey estaba solo: ¿se le presentaron acaso las ensangrentadas sombras de los Carvajales para llevarle ante el tribunal de Dios, cumplido el término del emplazamiento?

Dios lo sabe.

Pero todos los de la servidumbre inmediata, los primeros que habian podido recibir la triste noticia y que habian estado junto al rey el dia de la ejecucion de los Carvajales, y habian oido el terrible emplazamiento de Pedro, pudieron notar que

cuando se oyó el ruido extraño que les obligó á entrar en la cámara del rey, era justamente la misma hora en que treinta dias antes Pedro de Carvajal le habia emplazado.

Cundió el terror y la alarma por Jaen: los parciales del infante don Pedro y del infante don Juan que estaban en la córte, se pusieron en expectativa de lo que podia sobrevenir.

La muerte del rey se ocultaba.

El infante don Pedro estaba indeciso, y don Diego Lopez de Haro buscaba ansioso en sus cofres la bocina de marfil del rey don Sancho IV, que le habia entregado su hermano el conde don Lope Diaz.

III.

Era ya por la noche: Jaen dormia envuelto en un silencio lúgubre, en medio del cual se agitaban las gentes de la córte que sabian que el rey habia muerto.

Eran pocos los que esto sabian: no pasaba la noticia de los privados del rey; la demás gente sabia solo que el rey estaba muy de peligro.

Esta noticia habia circulado por Jaen, y habia una gran ansiedad.

Delante del alcázar habia numerosos grupos de gentes de todas condiciones, que preguntaban incesantemente á los soldados de la guarda:

—¿Cómo está su señoría?

Los soldados se encogian de hombros, y contestaban:

—No sabemos nada, pero dicen que su señoría está muy malo.

Poco antes de la queda salieron del alcázar algunos hombres á caballo.

Eran correos que llevaban á Valladolid y á Martos, á la reina doña María y á la reina doña Constanza la noticia, no de la muerte del rey, sino la de su gran peligro.

Poco despues salió un caballero armado de todas armas, sobre un fuerte corcel; en el costado izquierdo de este caballero se veía una magnífica bocina de marfil, á la luz de las hachas de algunos pajes que le acompañaban alumbrándole, á causa de la oscuridad de las estrechas calles.

Le seguían algunos hombres de armas.

—¿Adónde irá el señor de Vizcaya? decían algunos de los que estaban en grupos en la plaza del alcázar y que conocían á don Diego Lopez de Haro.

—Irá á buscar un rey que le convenga, creyendo ya muerto al rey don Fernando, respondían unos.

Tal loa tenía la lealtad de los grandes señores entre la gente comun.

IV.

Los pajes acompañaron á don Diego Lopez hasta las puertas de la ciudad.

Don Diego mandó á los guardas, de órden del rey, que estuviesen atentos para franquearle la puerta en cuanto tornase, y se lanzó en el campo con sus hombres de armas.

Rodeó los muros de la ciudad y trepó por el repecho de una eminencia inmediata á ella.

Al pié de aquella eminencia mandó detenerse á los hombres de armas, y trepó solo.

Cuando estuvo en lo alto se llevó la bocina á la boca, é hizo sonar por tres veces el toque de arremetida, dejando un largo intervalo de un toque al otro.

El sonido retronante de la bocina se extendió en el silencio de la noche, y hubo quien le percibió en Jaen, semejante al lejano rugido de una fiera.

Don Diego esperó.

Aún no había pasado media hora cuando por el opuesto repecho se sintió el andar rápido de dos cabalgaduras, y al fin,

don Diego vió junto á sí los bultos de dos frailes benedictinos montados en mulas.

—¿Sois vos? dijo don Diego.

—Sí, yo soy, contestó el conde don Lope, que él era; ¿qué sucede?

—Apartaos de vuestro lego, padre, dijo don Diego Lopez; que quiero deciros lo que sucede con gran secreto.

Apartáronse una gran pieza los dos hermanos del lego, que permaneció inmóvil, y en cuanto estuvieron de él á una distancia que no podían ser oídos, don Diego dijo en voz muy baja á don Lope:

—Hermano, el rey ha muerto.

—Ya lo sabía yo, dijo el conde don Lope: y por eso he estado mas cerca de lo que en otra situación hubiera estado, y he podido acudir mas pronto.

—¿Que lo sabíais? ¿Pues y quién os lo ha dicho, si esa tristísima noticia permanece oculta entre los altos servidores de la cámara del rey?

—Me lo ha dicho mi fé.

—¿Vuestra fé!

—Sí por cierto; mi fé en Dios, á cuya justicia nunca se apela en vano: sabía que el rey había sido emplazado ante el tribunal de Dios por los Carvajales, en el término de treinta días, y ese término se ha cumplido hoy á la primera hora de la siesta.

—En verdad que á esa hora ha muerto el rey, dijo estremeciéndose don Diego.

—¿Quién le ha visto morir? preguntó don Lope.

—Nadie: á poco de haber entrado el rey en su cámara para descansar, se oyó un ruido extraño; acudieron sus camareros y encontraron muerto al rey.

—¡Sin Viático, sin penitencia, sin Estremauncion! dijo el conde.

—Sí, de improviso.

—¡La mano de Dios! dijo el conde: roguemos, roguemos por el desdichado rey don Fernando.

Y don Diego oyó que su hermano rezaba.

V.

Algunos minutos despues cesó el rezo de don Lope, y preguntó á don Diego:

—¿Y qué ha hecho el infante don Pedro?

—A mi modo de ver lo que ha hecho ha sido enviar un correo al infante don Juan.

—¿No se ha publicado la muerte del rey?

—No: el infante ha prohibido á todos los que la saben dar la noticia del fallecimiento de su señoría.

—¡Ah! dijo el conde don Lope: ¡ya sabia yo, cuando te dí la bocina del rey don Sancho, que alguna vez tendrias necesidad de llamarme con ella! pero no has cumplido con tu deber, hermano; tú, al ver las traidoras vacilaciones del infante don Pedro, has debido salir gritando por las calles de Jaen: ¡el rey ha muerto!

—He temido, hermano, que esto fuese dar ocasion á una abierta rebeldía; he esperado á que llegue la noche para llamarte.

—Acaso, acaso hayas hecho bien: la ambicion ciega, la ambicion embriaga; tal vez, si tú hubieras dado la noticia de la muerte del rey don Fernando, el infante don Pedro se hubiera hecho proclamar rey; ¡y quién sabe las consecuencias que esta rebeldía hubiera podido traer? Pero no nos detengamos, hermano: es necesario que yo hable al momento con el infante don Pedro.

—Vamos, pues, dijo don Diego; á mí tambien me aflige la impaciencia.

—Seguid, hermano Pedro, dijo el conde don Lope á su lego.

Y los dos hermanos, seguidos por el motilon, descendieron por el repecho.

—¡Desventurado rey don Fernando! dijo don Diego.

—¡Oh! Dios sabe lo que hace, hermano; callemos: oremos por el alma del rey.

Y llegando adonde esperaban los hombres de armas de don Diego, tomaron, seguidos de ellos, hácia Jaen.

Llegaron á la puerta por la que habia salido don Diego, y que aún no estaba cerrada; aún no habia sonado el toque de queda.